

# Espacio, género y sexualidad

**Arturo Ortiz Struck**

Maestro en arquitectura, miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte del FONCA



Fotografía: Alfonso Zavala

Debido a los cambios sociales, económicos y políticos que se vivieron en la última mitad del siglo xx, la participación de las mujeres y sus posibilidades de educación abrieron oportunidades laborales antes inexistentes. Al mismo tiempo, los avances tecnológicos y el control de la natalidad permitieron nuevas posibilidades para ejercer la sexualidad en las sociedades. Estas razones, junto con las luchas feministas, dieron a las mujeres independencia económica y sexual, además de la creación de nuevas identidades, en las que se crearon vínculos de solidaridad entre mujeres y, además, en algunos casos se encontraron las rutas para evadir el sexismo y el maltrato.



Gaby, 2008. Fotografía: Ilana Boltvinik

## ...las expresiones sociales del comportamiento sexual, o bien, la construcción social del género, se manifiestan en la conformación de espacios arquitectónicos y urbanos

Tales fenómenos han generado un debilitamiento de los esquemas familiares tradicionales en los cuales la figura del hombre asume la autoridad sobre las mujeres y los hijos. Este esquema familiar supone el enmascaramiento de un patriarcado institucional e histórico. Por tanto, cuestionar un esquema patriarcal de organización social implica cuestionar también a las instituciones dominantes en religión y política. Con esto me refiero al menos al cristianismo, así como a aquellos valores morales y religiosos que permean y han permeado a gobiernos y gobernantes. Según Manuel Castells<sup>1</sup>: *en este fin de milenio, la familia patriarcal, piedra angular del patriarcado, se ve desafiada por los procesos interrelacionados de la transformación del trabajo y la conciencia de las mujeres.*

Los índices demográficos que muestra Castells apuntan a un aumento en la edad de contraer matrimonio, un incremento en divorcios, un estricto control de la natalidad y el crecimiento de hogares unipersonales, o con hijos que viven solamente con padre o madre. Tales fenómenos dibujan las fracturas en la institución familiar y permiten una mayor flexibilidad en los esquemas de vida de los individuos.

A partir de estas reflexiones, cabe preguntarse ¿cómo se han transformado los espacios físicos desde el incremento en la participación de las mujeres dentro de la sociedad? y ¿en qué forma las relaciones de género, en la actualidad, se representan en el espacio? Éstos son los puntos que intentaré abordar en el presente texto, destacando la espacialidad y las expresiones arquitectónicas.

### La construcción social de género

Se puede afirmar que el término "género" define a un conjunto de individuos que tienen en común características específicas. En disciplinas como la sociología y la antropología, el "género" denota un conjunto de normas y convenciones sociales del comportamiento sexual de las personas; pero también ha derivado en estudios sobre las construcciones sociales en relación con las diferencias sexuales.

En ocasiones es posible determinar el papel de los géneros masculino y femenino, aunque

en realidad éstos son una construcción social que revela las invenciones culturales o los instrumentos de dominación de una sociedad en particular. Los estudios de género se enfocan en deslindar aquellos atributos culturales que establecen los comportamientos sexuales, pero también hacen una disección de los atributos que permiten la dominación del cuerpo.

Es importante delinear algunos conceptos; para ello podríamos decir que hombre y mujer son condiciones biológicas, mientras que género femenino o masculino es una construcción social. Para explicarlo con más claridad se puede decir que nadie ha nacido sabiendo lo que se espera de cada sexo; en todo caso, se aprende a través de la familia y la comunidad dentro de un contexto social e histórico. Por eso, los significados de género varían de acuerdo con las diferentes



Alina, 2008. Fotografía: Ilana Boltvinik



Parque de la Villette, París. Fotografía: Héctor Quiroz

## En la apertura ante la diversidad social, racial y sexual, existe la posibilidad de imaginar nuevas estructuras espaciales que contengan ...las fracturas de los valores morales patriarcales y el establecimiento de nuevas prácticas culturales

prácticas culturales que hay en las distintas geografías del planeta. Los comportamientos sexuales tienen lógica en sus lugares de origen, donde las identidades han construido los consensos de género, los cuales se han reflejado en diferentes expresiones de las sociedades, desde el idioma —por ejemplo, el castellano, donde no existen sustantivos neutros, sólo los hay con atributos femeninos y masculinos—, hasta la determinación de los espacios.

Particularmente, las expresiones sociales del comportamiento sexual, o bien, la construcción social del género, se manifiestan en la conformación de espacios arquitectónicos y urbanos. Efectuar una lectura alternativa concerniente al género y su evidencia espacial es el primer paso para demarcar sus mutuas implicaciones.

A partir de la economía y las estructuras sociales de producción, la geógrafa Doreen Massey<sup>2</sup> desarrolla una aguda noción de espacialidad como un producto de intersección de relaciones sociales, donde el concepto del espacio urbano implica la construcción social de las relaciones de género, lo cual refleja cómo éste se entiende e influye en nuestras sociedades. Me parece adecuado el planteamiento de Massey al menos por dos razones: la primera es que los espacios urbanos son un espejo de nuestra sociedad, el cual impugna, pero también afirma la propia existencia de los espacios urbanos tal cual son, así como de las sociedades que los habitan<sup>3</sup> y sus comportamientos sexuales.

La segunda razón es porque, partiendo de esta perspectiva, habría que cuestionar los espacios simbólicos de representación de culturas patriarcales como las que refiere Castells (1997) como construcciones sociales de la heterosexualidad y el dominio cultural masculino: desde la concepción arquitectónica de una casa, con un programa adecuado para ser habitada por una familia nuclear, y por tanto una vivienda que pone en evidencia creencias religiosas, morales, pero sobre todo una cultura patriarcal, que admite ese modelo de desarrollo social fundamentado en una pareja heterosexual con hijos; hasta la estructura urbana de muchas ciudades cuyos sitios simbólicos más relevantes dejan claro cuáles son los valores "protagonistas" culturales y religiosos, mediante edificios institucionales o templos que forman los atributos culturales que dan identidad a una ciudad. Estos edificios comúnmente son representativos de los valores morales.

En la apertura ante la diversidad social, racial y sexual, existe la posibilidad de imaginar nuevas estructuras espaciales que contengan el dinamismo contemporáneo de los flujos de personas, información electrónica y productos, así como las fracturas de los valores morales patriarcales y el establecimiento de nuevas prácticas culturales.

Ante estas reflexiones, la búsqueda por crear un "lugar" esencialmente abierto e híbrido pero también provisional y de resistencia es una apuesta por generar espacios que permitan y promuevan una nueva construcción social de las relaciones de género, particularmente a partir de la flexibilidad en los espacios públicos.

Desde mi perspectiva, proyectos como el del Parque de la Villette en París, del arquitecto Bernard Tschumi, pretenden una ocupación territorial flexible, en la que los espacios de representación sean consecuencia de las construcciones sociales, que permitan nuevas lecturas en cuanto a relaciones de dominio, de clase y de género. Es necesario dejar que los eventos sucedan antes que la arquitectura, donde se permita a los individuos pasearse libremente por el territorio en un edificio discontinuo que es, propiamente, el parque mismo; un modelo en el cual programa, forma e ideología tienen un papel integral. Para Tschumi, las relaciones entre arquitectura y programa pueden ser intencionalmente de indiferencia, reciprocidad o conflicto; el parque de la Villette, juega con las tres (Tschumi 1994)

### Patriarcado, feminismo y cultura gay

Las estructuras sociales contemporáneas se caracterizan por tener a una autoridad impuesta, desde las instituciones de los hombres, sobre las mujeres y sus hijos. A esta estructura la podemos denominar patriarcado, y ha sido respaldada históricamente por religiones como el cristianismo, el judaísmo y el Islam. Como ya se dijo, fenómenos como el control reproductivo, la píldora anticonceptiva, la incorporación de las mujeres a la vida laboral y la defensa por la igualdad de derechos entre mujeres y hombres, han generado grandes cambios en las construcciones de género en los últimos años. Si bien las primeras luchas feministas tienen más de un siglo<sup>4</sup>, aquellas que realmente lograron profundos cambios culturales sólo tienen poco más de medio siglo. Estas jóvenes transformaciones en los atributos culturales de las sociedades, en donde las mujeres han obtenido derechos humanos fundamentales, han cuestionado tradiciones milenarias en cuanto a la sexualidad y el lugar de las mujeres dentro de las sociedades, y han creado nuevos escenarios para la construcción social del género.



Fotografía: Alfonso Zavala

Los movimientos feministas más relevantes en el mundo surgieron a partir de las luchas por los derechos humanos, las tendencias revolucionarias y contraculturales de la década de los sesenta. En ese contexto, y particularmente en Estados Unidos, aparecieron organizaciones como la National Organization of Women (NOW) que encabezaron las luchas por los derechos de las mujeres y que, junto con otros grupos, desarrollaron el Manifiesto de Redstocking (1969), el cual impulsó el movimiento feminista radical que identificaba a los hombres como agentes de opresión, y a la supremacía masculina como una forma de dominación histórica, de explotación, a través de la cual se puede comprender la opresión laboral y la discriminación de género y racial<sup>5</sup>. El movimiento feminista radical tuvo expresiones sindicales, universitarias, mediáticas, políticas y sociales. Uno de los grupos del feminismo radical que participó destacadamente en la actividad política, ejemplo de creatividad cultural e inteligencia colectiva, fue el de las feministas lesbianas<sup>6</sup>, las cuales representaron un desafío fundamental a las construcciones sociales en cuanto a los comportamientos sexuales en los movimientos feministas y, por ende, en toda la cultura.

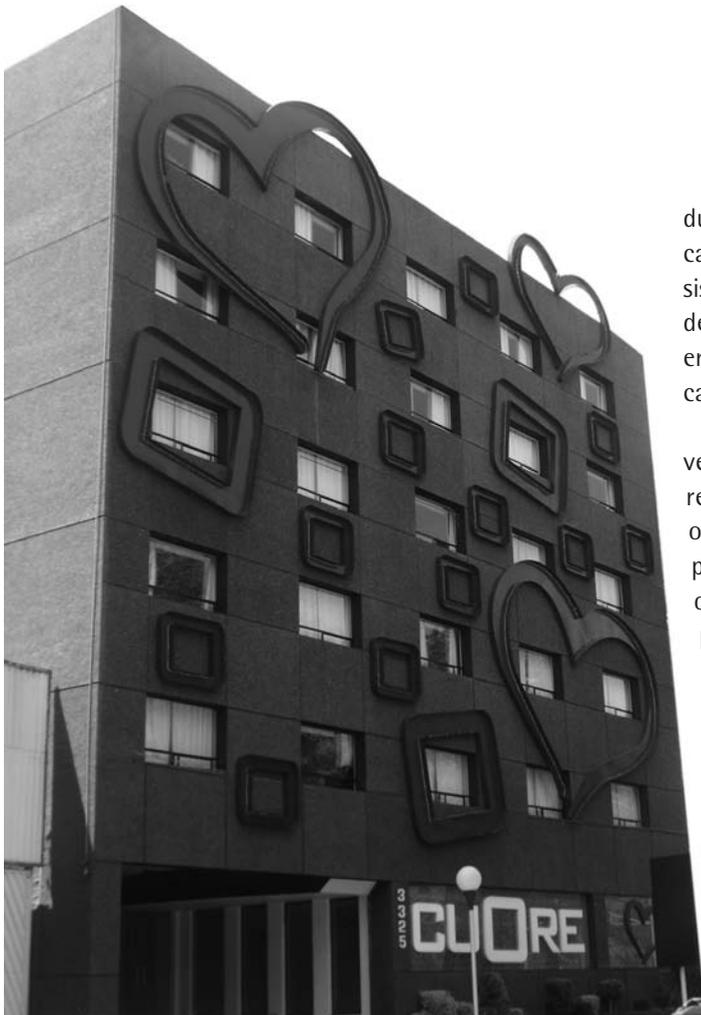
Para los hombres homosexuales que siguieron y apoyaron el movimiento feminista lésbico, el cuestionamiento de las familias patriarcales, así como la impugnación a los comportamientos sexuales institucionales, se abrieron oportunidades de nuevas relaciones interpersonales donde la promiscuidad

homosexual no era el reto, sino la afirmación gay. Desde esta perspectiva, este movimiento provocó, pero también debilitó, la norma heterosexual de vida patriarcal en forma definitiva. Dice al respecto Manuel Castells<sup>7</sup>:

Este sistema de dominación coherente, que vincula los corredores del Estado con el pulso de la libido mediante la maternidad, la paternidad y la familia, tiene un eslabón débil: la asunción heterosexual. Si se pone en entredicho esta asunción, todo el sistema se desmorona: se cuestiona la vinculación entre el sexo controlado y la reproducción de la especie; se hace posible la hermandad entre mujeres y, luego, su revuelta, deshaciendo la división sexual del trabajo que separa las mujeres; y la intimidad masculina amenaza la virilidad, con la que se socava la coherencia cultural de las instituciones dominadas por los hombres.

En el fondo, el cuestionamiento al patriarcado, primero por los movimientos feministas, posteriormente por las propias impugnaciones sexuales dentro del feminismo, más tarde por la defensa de los derechos por una diversidad sexual y el cuestionamiento ante la heterosexualidad, ha permitido una apertura a nuevas construcciones sociales, que atienden a la diversidad, constituyen uno de los derechos humanos y han afectado de manera masiva a las sociedades contemporáneas.

Estos cambios en las construcciones sociales del género han impulsado la conformación de expresiones sociales a través de los espacios.



Fotografía: Scarlet Barón de Grote

### La mirada patriarcal del espacio

Parece complicado imaginar espacios a partir de cuestiones de género; en forma simplista podemos reflexionar sobre un esquema programático de habitación familiar, donde el diseño arquitectónico responde a un esquema de vida familiar, con aquellos valores morales que se reflejan en la conformación y distribución de los espacios de una vivienda. Pero más allá de la "casa", en esta parte trataré de exponer dos ejemplos puntuales; el primero tiene que ver con el análisis realizado por Leslie Salzinger<sup>8</sup> acerca del acoso, deseo y disciplina en una maquiladora de Ciudad Juárez, mientras que el segundo abarca las reflexiones de Aaron Betsky<sup>9</sup> sobre la construcción de la sexualidad a través de la arquitectura.

El trabajo de Salzinger, en el que por precaución la autora cambia los nombres de las empresas, se centra en la maquiladora Panoptimex,<sup>10</sup> filial del corporativo internacional *Electroworld*; aquí, una arquitectura panóptica evoca la mirada masculina al servicio de la calidad y la eficiencia, y el deseo sexual emerge como fuerza de producción. El edificio está diseñado para ubicar a los supervisores en condición de observadores y a las jóvenes trabajadoras como objeto de deseo sexual.

En el documento se muestra cómo la organización de la fábrica tiene un sistema de jerarquías simbólicas, donde el objetivo de cada día es lograr la satisfacción laboral del inmediato superior.

Las oficinas dentro de la maquiladora se encuentran elevadas y, desde éstas, se pueden ver las áreas de producción en donde todo está señalizado. Los obreros, que representan un 25 o 30% de los empleados, visten azul oscuro, mientras que el resto de las trabajadoras visten según su jerarquía y antigüedad: uniformes amarillos para empleadas nuevas; azul claro para obreras; anaranjado para trabajadoras "especiales" y rojo para las que tienen un cargo más alto dentro de la pro-

ducción. Además, los supervisores llevan corbata. Arriba de cada una de las trabajadoras hay un anuncio que sirve como sistema de aprobación: el color dorado significa el correcto desempeño de la persona; el verde, que tiene más de tres errores, y el negro, que es poco eficiente. Los colores sobre cada una son asignados por los supervisores todos los días.

Desde arriba el jefe de producción observa detrás de una ventana los procesos, ve a las mujeres y detecta sus errores; tiene como herramientas un conjunto de cámaras que observan. Su trabajo consiste en llamar a los supervisores para indicar quién está siendo poco eficiente. Las líneas están organizadas de tal forma que, al final de éstas, se hallan los pocos trabajadores hombres; las mujeres, ubicadas al centro, tienen que estar sentadas frente a la banda, mientras que los supervisores (dos en cada línea) se pasean detrás de ellas, cómo dice Salzinger, para supervisar el trabajo y las nalgas.

Cabe mencionar que la oferta laboral de muchas maquiladoras en Ciudad Juárez, por un lado, ofrece trabajo a jóvenes mujeres menores de 20 años, solteras, sin hijos y, por otro, a hombres casados de aproximadamente 30 años.

Las jerarquías de vigilancia están definidas por género así como por las relaciones de producción, con un predecible efecto sexual. Podemos concluir que mientras más alta es la jerarquía laboral, más oportunidad hay de observar.

La organización del espacio, la disposición de las líneas de producción y los puestos de los observadores o vigilantes, la ubicación estratégica de las cámaras y la señalización especial, entran dentro de un programa de actividades cuyo objetivo es controlar los procesos de producción con una mirada masculina. Si bien la autora describe las relaciones simbólicas, los contenidos sexuales de los procesos desde una perspectiva etnográfica, es evidente la importancia del diseño del espacio para el éxito de una organización de este tipo. En todo caso la *objetificación* sexual en la organización laboral llama la atención, sobre todo porque la gran mayoría de las fábricas que hacen productos textiles contratan mujeres.

Me pregunto, ¿dónde sucede una *objetificación* sexual como parte central del diseño arquitectónico y de los espacios urbanos, además de las maquiladoras? Pueden ser aquellos espacios derivados de los discursos mediáticos que permean visiones sexualizadas en las estructuras sociales y su consecuente representación en la ciudad. Por ejemplo, las modas y los productos que hacen sentir a las personas que son objetos de deseo; el deseo mismo de ser objeto de deseo ha generado espacios que responden a dinámicas simbólicas y de *objetificación* sexual.

Los *displays* comerciales que ofrecen al consumidor la posibilidad de ser objeto de deseo son parte de estos espacios definidos por las relaciones de género. La forma de vigilar el comportamiento sexual de una sociedad en este contexto sexualizado comercial, no es mediante un acto de observación voyerista sino por medio de la construcción de expectativas personales, representadas en productos que venden fantasías capaces de dar identidad a cada individuo mediante el consumo.

La mercadotecnia de productos recupera consensos sociales de género para definir las necesidades espaciales comerciales, como aquellos espacios producidos para desfiles de moda, por ejemplo, capaces de mostrar los estilos de vida, en



Fotografía: Alfonso Zavala

donde el atributo principal de las mujeres es precisamente su *objetificación*, no sólo en el espectáculo propio del desfile, pero principalmente ejemplificando el papel de las mujeres en las sociedades de consumo; nada más evidente que la frase "Soy totalmente Palacio", una antigua pero muy poderosa campaña publicitaria, en donde las mujeres se representan a sí mismas como cosas. Esta representación es exactamente igual a la que hay en los espacios producidos para el entretenimiento masculino, como los *table dance*. En el fondo, significan lo mismo y retratan nuestros consensos sociales en cuanto al género. Un centro comercial, un concurso de belleza, una maquilladora, un *table dance* o un prostíbulo, son espacios regidos en diferentes niveles por una mirada masculina sobre objetos sexuales.

¿Puede ser la acumulación del capital la agenda escondida detrás de las construcciones mediáticas y sociales del género?, ¿es el espectáculo del cuerpo una expresión más de la acumulación capitalista?, son preguntas que surgen dentro de estas reflexiones, pero que en el fondo desnudan a una sociedad contemporánea.

Por otro lado, la mirada masculina en la arquitectura ha sido interpretada por Aaron Betsky<sup>11</sup> de manera radical. Para este autor las torres y los rascacielos tienen formas fálicas que son un "eco" del cuerpo masculino, en tanto que en los interiores de algún edificio reconoce reflejos del cuerpo femenino con sus órganos reproductivos internos capaces de contener y nutrir la vida. Si bien esta observación parece simplista, para él tiene gran relevancia en sus implicaciones y revelaciones, pues plantea que los edificios son un reflejo de la cultura y un indicativo social en donde se negocian jerarquías, valores y estéticas. Betsky hace una revisión de la evolución de la arquitectura occidental y el diseño urbano desde los campamentos nómadas, las construcciones romanas y los palacios medievales, hasta las ciudades industriales modernas y los suburbios estadounidenses. En cada contexto compara y contrasta los exteriores de los interiores, define el diseño de cada edificio para usos estrictos de hombres y de mujeres. Su enfoque es altamente esquemático ya que utiliza un modelo

dualista de los papeles de género asignado desde bases biológicas, y no desde una construcción social. La discusión, desde mi punto de vista, pudo haberse centrado en cuestiones de género y no de sexos; por ejemplo, pudo haber problematizado la asunción heterosexual de la sociedad. Tal parece que lo que el autor hace es desenmascarar un sistema de valores morales que definen comportamientos sociales en términos simbólicos de una cultura patriarcal, y deja al descubierto la imposición de la mirada masculina como el eje fundamental para el establecimiento de símbolos. A diferencia de Doreen Massey, quien argumenta que el género es una construcción social y que por tanto tiene expresiones en el espacio, Betsky sostiene que la arquitectura puede ser interpretada como fálica o vaginal, lo cual en el fondo revela una moral patriarcal que no distingue a la diversidad de los comportamientos sexuales y, particularmente, a los espacios de representación que éstos constituyen. Y pregunto, ¿cuáles son estos espacios de representación que refiero? Podemos encontrar edificaciones que hablan, pero sobre todo, que cuestionan la moralidad de una sociedad como el espejo heterotópico al que aludí líneas atrás. Desde los hoteles de paso, que constituyen un espacio fuera de todos los otros espacios de la ciudad, pero que son perfectamente localizables y que impugnan a la moralidad institucional y patriarcal, hasta los sitios especialmente pensados para celebrar matrimonios entre parejas heterosexuales, que confirman el relato patriarcal.



La Torre Mayor desde "La Diana", Ciudad de México. Fotografía: Héctor Quiroz



Fotografía: Alfonso Zavala

### Espacios femeninos

Atribuir características a los espacios tradicionalmente asignados a las mujeres, o bien a los que han ocupado y de los cuales se han apropiado en un entorno patriarcal, implica profundizar en las áreas de trabajo de una casa como la cocina, el baño o las habitaciones destinadas al cuidado de los niños; sin embargo, en una sociedad contemporánea, los espacios femeninos han tomado aquellos que comúnmente habían estado relacionados con los hombres. Parece que se han difuminado las áreas segregadas por género. De acuerdo con este orden de ideas, podríamos analizar el tema al menos desde tres perspectivas: los espacios tradicionalmente femeninos, los espacios urbanos y la vida pública de las mujeres y, finalmente, la violencia de género y sus necesidades espaciales.

Los espacios tradicionalmente femeninos responden a las culturas patriarcales y estaban destinados a las actividades propias de las mujeres en áreas privadas. Por lo general eran, y siguen siendo, sitios destinados a labores cotidianas, aunque no necesariamente exclusivos de las mujeres; por ejemplo, una cocina o un patio son lugares comunes de las casas, en donde todos los miembros de la familia y ocasionalmente los visitantes pueden reunirse; inclusive espacios privados como las recámaras, por lo general son compartidos. Además, el espacio tradicional femenino no tiene cabida dentro de la esfera pública, es decir, normalmente estaba reducido a las viviendas, con lo que se impedía en forma física la posibilidad de una interacción social con consecuencias políticas.

En segundo término, los espacios urbanos han mostrado en las últimas décadas una transformación en la que cada vez más se han hecho presentes las mujeres en la vida pública. Las conformaciones urbanas han adoptado nuevas formas de convivencia social en contraste con las prácticas culturales de mediados del siglo XX, donde los espacios respondían a prácticas culturales públicas desarrolladas por los hombres. Actualmente los ambientes de trabajo, los sitios de esparcimiento y los espacios públicos, presentan características mucho más flexibles con toda la sociedad, en particular con las mujeres. Idealmente, se puede imaginar a estos espacios neutros concurridos por personas de diferente género, raza o estrato social. Los espacios públicos asumen una relevancia fundamental, no sólo por la necesidad que existe de atender a la diversidad, sino porque éstos deben fomentar la inclusión, la libre asociación, la interacción, la emancipación social, y una construcción social libre de agendas.

En un estudio realizado por el Inegi,<sup>12</sup> se muestra que 88% de los mexicanos piensan que "la ropa sucia se lava en casa"; es decir, que las áreas privadas tienen como característica una especie de exención ante las leyes y las reglamentaciones vigentes de la vida pública. Tal vez por esta razón las viviendas son el lugar más propicio para ejercer en forma cotidiana la

violencia de género –en cualquiera de sus variantes– pues allí existe privacidad y no hay testigos externos a la propia familia. En otras palabras, si bien la violencia no se puede ejercer en la calle ya que se convierte en un delito evidente, dentro de la casa adquiere una legitimación por parte de la familia. Al revisar las encuestas, parece ser que hay un consenso en México.

En la vida pública podemos decir que los espacios que carecen de contención y estructura urbana son propicios para ejercer la violencia de género; a diferencia de una vigilancia formada por una estructura social existe la imposición masculina ante la falta de espacios públicos determinados, capaces de dibujar las prácticas sociales de una comunidad.

### Espacio impugnado y homosexualidad

Es curioso que una referencia común de los homosexuales sea la de "salir del clóset"; si bien parece una casualidad muy simple, hablar de clóset alude a un sitio dentro de una recámara desprovista de ropero y que, por lo tanto, pertenece a una casa de corte programático moderno. Pero esto no es tan fortuito. Henry Urbach<sup>13</sup> desarrolla el tema argumentando que un clóset es un cuarto contiguo a una recámara, en la cual la organización y el orden son importantes, mientras que el clóset –tal como lo entendemos– siempre es un lugar en desorden y descuidado en su imagen, un lugar que nadie ve, pero que todo el mundo sabe que existe. A la homosexualidad le pasa lo mismo en un mundo patriarcal.

Es posible suponer que la arquitectura es un artefacto heteronormativo de la sociedad<sup>14</sup>, donde se pueden encontrar las políticas sexuales de los estados. Aunque también es posible pensar en una participación homosexual en el diseño de los espacios, al menos por dos razones. Por un lado, la participación de gays en el mundo del diseño es algo conocido y aceptado, sobre todo al asumir un papel homosexual en sociedades heterosexuales, incluso como exotización, cuando irónicamente la arquitectura mantiene el control sobre el patriarcado y la vida heteronormativa. Por otra parte, la ocupación gay de espacios tradicionalmente heterosexuales ha permitido imaginar la imposible relación entre programa y arquitectura y generado una mayor flexibilidad en el entendimiento de los espacios, además de reflexiones como las de Bernard Tschumi con respecto al programa arquitectónico cuando introduce los conceptos *crossprogramming* (desplazar un uso programado a un espacio programado para otra cosa), *transprogramming* (combinación de dos programas, aunque sean incompatibles) y *disprogramming* (combinar dos programas que se contaminen y se desestabilicen mutuamente para crear una nueva síntesis).

Por otro lado, hay que considerar la posibilidad que ofrece la arquitectura para encubrir y privatizar los espacios que permiten la emancipación homosexual en privado. Para Betsky<sup>16</sup>,

la creación de interiores liberadores de la hostilidad heterosexual reflejan que el espacio gay es forzado a ocultarse de su propia naturaleza, pero también permiten reinventar los espacios de autorrepresentación, donde pueden definirse sin miedo. Los experimentos espaciales homosexuales apuntan a una arquitectura que nos puede liberar de las estructuras represivas de la ciudad moderna.

Más aún, la constitución de espacios utilizados en de la conformación cultural homosexual imprime a las ciudades otra vez la característica de espejo heterotópico. Desde *Hyde Park*, que fue utilizado en Londres como un área de emancipación homosexual, o bien las modas encabezadas por modelos masculinos aparentemente hermafroditas que señalan los nuevos estilos de vida a través el consumo, y que construyen una postura masculina cuyo ideal es convertirse en objeto; hasta los espacios conocidos para entretenimiento gay, como la calle de Castro en San Francisco, California, o el *Lip Stick* en la Zona Rosa de la ciudad de México; estos últimos retoman espacios abandonados que la cultura gay recupera para sí.

Más allá de los espacios segregados y propiamente específicos para una comunidad homosexual, las ciudades han adoptado y asumido la diversidad sexual en muchos casos, por lo que actualmente hay una búsqueda bastante generalizada de áreas públicas caracterizadas por contener en un espacio común a individuos con nada en común, espacios que apuestan por una renuncia al prejuicio mediante la cancelación de signos, monumentos e instituciones, capaces de ser formados por el uso cotidiano de la diversidad social.

### Conclusión

Finalmente, pienso que reflexionar acerca de la arquitectura y el diseño urbano como elementos de legitimación de una cultura patriarcal,<sup>17</sup> no tiene otra intención que cuestionar la vigencia de los valores que representa y proponer la posibilidad de construir entornos desde posturas más flexibles acordes con las realidades sociales y la diversidad que se presenta hoy. Habrá que preguntarse sobre la validez de diseñar programas arquitectónicos, restablecer a la familia como célula social y origen de la vivienda, pero más allá cuestionar la imagen urbana como reflejo del dominio masculino. También es posible imaginar lugares más flexibles, con menos prejuicios, los cuales implican la necesidad de hacerse públicos ya que, a fin de cuentas, son emplazamientos a los que todos tenemos —o deberíamos tener— derecho; en donde los diferentes se reúnan libremente para discutir sus divergencias. Un lugar abierto a la construcción de nuevas, múltiples y efímeras identidades. El espacio público es el único gesto posible ante la necesidad de brindar atributos cualitativos a una sociedad en la que se permita a los individuos ejercer libremente sus derechos y, ante todo, el derecho de ciudad: la "ciudadanía", que es un concepto en constante transformación, flexible a nuevas condiciones y a las divergencias entre individuos. Asimismo, es preciso volver a los conceptos que utiliza Bernard Tshumi en su arquitectura —*transprogramming*, *crossprogramming* y *disprogramming*—, particularmente al Parque de la Villette, en París, que caracterizan a los espacios que son tomados por las sociedades que los habitan, que permiten escenarios para nuevas realidades y que en el fondo admiten que las construcciones sociales tienen el protagonismo, más allá de formas, espacios o arquitecturas. ■

### Notas y Referencias

- 1 Castells M. y BORJA J., "La era de la información. Economía, sociedad y cultura", vol. II, *El poder de la identidad* (1997), Siglo XXI editores, 3ª. ed. en español, México, 2001.
- 2 Massey, D., *Space, place and Gender*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1997.
- 3 Particularmente se trata del espejo heterotópico que describe Michael Foucault en su texto de otros espacios: a diferencia del espejo utópico que nos muestra en un lugar irreal, dentro de un espacio que no existe, el espejo heterotópico nos confronta en nuestra propia realidad y tiempo. "en el espejo me veo allí donde no estoy, en un espacio irreal que se abre virtualmente tras la superficie, estoy allí, allí donde no estoy, una especie de sombra que me devuelve mi propia visibilidad, que me permite mirarme donde no está más que mi ausencia: utopía del espejo. Pero es igualmente una heterotopía, en la medida en que el espejo tiene una existencia real, y en la que produce, en el lugar que ocupo, una especie de efecto de rechazo: como consecuencia del espejo me descubro ausente del lugar porque me contemplo allí. Como consecuencia de esa mirada que de algún modo se dirige a mí, desde el fondo de este espacio virtual en que consiste el otro lado del cristal, me vuelvo hacia mi persona y vuelvo mis ojos sobre mí mismo y tomo cuerpo allí donde estoy; el espejo opera como una heterotopía en el sentido de que devuelve el lugar que ocupa justo en el instante en que me miro en el cristal, a un tiempo absolutamente real, en relación con el espacio ambiente, y absolutamente irreal, porque resulta forzoso, para aparecer reflejado, comparecer ante ese punto virtual que está allí". "Des espaces autres", conferencia dictada en el Centre d'Études Architecturales el 14 de marzo de 1967 y publicada en *Architecture, Mouvement, Continuité*, número 5, octubre 1984, págs. 46-49, traducción al español por Luis Gayo Pérez Bueno, publicada en la revista *Astrágalo*, número 7, septiembre de 1997.
- 4 Tshumi, B., *Event cities 2*, Cambridge, The MIT Press, 1994.
- 5 Castells M., *op.cit.*
- 6 Schneur, M. (ed.), *Feminism in our time: The essential Writings, World War II to the present*, Nueva York, Vintage Books, 1994.
- 7 Castells M., *op.cit.*
- 8 Castells M., *op.cit.*
- 9 Salzinger, L., *Manufacturing sexual subjects*, en *Ethnography*. SAGE Publications (Londres, Thousand Oaks, C. A. y Nueva Delhi), vol. 1 (1):67-92, 2000.
- 10 Betsy A., *Architecture and Same Sex Desire*, William Morrow and Co., Nueva York, 1997.
- 11 Salzinger usa el nombre Panoptimex para englobar un conjunto de maquiladoras que trabajan con este esquema; en su artículo también cambia el nombre de las personas.
- 12 Betsy A., *op.cit.*
- 13 Izunsa, G., Méndez Bahena, B., *Familia, violencia y conductas delictivas en la ciudad de México, El cotidiano*, núm. 111 (enero-febrero), vol. 18, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2002.  
Inegi, *Violencia intrafamiliar 1999. Documento metodológico y resultados 2000*, en Izunsa, G., Méndez Bahena, B. (2002), "Familia, violencia y conductas delictivas en la Ciudad de México", revista *El cotidiano*, enero-febrero, año/vol. 18, núm. 111, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 2002, p. 44.
- 14 Urbach, H., *Closets, Clothes, disClosure*, en Duncan McCorquodale, Katerina Rüedi, y Sarah Wigglesworth (eds.), *Desiring Practices: Architecture, Gender and the Interdisciplinary*, Londres, 1996.
- 15 Brent G., Bouthillette, A. M., & Retter, Y. (eds.), *Making Room: Queerspace and the spaces of activism*, en *Queers in space*, Seattle, Bay Press, 1997.
- 16 *Ibidem*
- 17 Betsy A., *op.cit.*
- 18 Al revisar textos fundamentales de la arquitectura del siglo XX encontré que prácticamente no se habla de la participación de las mujeres. obras como las de (Giedion, S., *Space, time and architecture. the growth of a new tradition*, cambridge massachusetts, Harvard University press, 5a. ed., revisada y aumentada, 1967), o la de (Frampton, K., *Historia crítica de la arquitectura*, Barcelona, Gustavo Gili, 1993) son un ejemplo. lo mismo ocurre en revistas académicas de arquitectura como *The Journal of the Society of Architectural Historians* en la cual el teórico de arquitectura, (Crysler, G., *Writing spaces: discourse of architecture, urbanism and the built environment*, 1960-2000, Nueva York y Londres., Routledge, 2003), no incluye la participación de mujeres arquitectas entre 1960 y 2000. esta ausencia sistemática de la participación de las mujeres en el mundo de la arquitectura "revela" una construcción social acostumbrada a "velar" a las mujeres, particularmente en cuanto a la arquitectura.